

CAPITÁN BLOOD

RAFAEL SABATINI

CAPITÁN BLOOD

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte

Ilustración de cubierta de

Vanesa Andrés



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Captain Blood*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: abril de 2026

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2026

© de la ilustración: Vanesa Andrés Manzano, 2026

© Traducción de Guillermo Boladeres,

cedida por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

© de la presente edición: Edhasa, 2026

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5570-3

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 3447-2026

Impreso en España

EL PRIMER PIRATA

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Un ser humano —o cierta clase de ellos, entre los que me cuento— es en gran parte lo que ha leído. Y casi siempre lo es por una razón muy simple: porque hay lecturas que llegan antes que otras, cuando todavía somos permeables, y marcan para siempre determinados territorios. Conforman a un joven lector cuando el mundo, la vida, otros libros y gentes aún no los han curtido lo suficiente. Cuando todo, hasta lo más banal en apariencia, deja su huella.

El capitán Blood fue para mí uno de esos libros. Lo leí siendo un niño, quizá con ocho o nueve años, antes incluso de *La isla del tesoro*, *Un capitán de quince años*, *Jerry de las islas* o *La isla de Coral*. Estaba en la biblioteca de casa porque pertenecía a mi padre. Me llamó la atención desde el primer momento su portada: roja, poderosa, con el rostro de Pedro Blood —en realidad era el de Errol Flynn— mirando al adversario, desafiante. Aquella imagen ya contenía una promesa, y eso era motivo sobrado para un joven lector. Además, el libro tenía ilustraciones interiores, algo que entonces era importante. A esa edad, la aventura también

entraba —y supongo que sigue haciéndolo— por los ojos. Por la avidez de tu mirada.

Aquel ejemplar se fue deshaciendo de tanto leerlo una y otra vez, hasta que terminó perdiéndose en la marea de los años y de la vida. Con el tiempo encontré la misma edición en un librero de viejo, con idéntica portada. El corazón me dio un vuelco al tenerlo otra vez en las manos. Lo compré, por supuesto. Hay momentos de la infancia vinculados a libros —o viceversa— que deben, por simple justicia, seguir ocupando un espacio físico en la biblioteca aunque ya no vuelvan a abrirse jamás.

Pero aquel magnífico pirata, como ocurrió con otras historias y otros personajes, no sólo habitaba el papel y la imaginación. En mi infancia y primera juventud eran todavía habituales los cines de programa doble y sesión continua. *El capitán Blood* se proyectaba con frecuencia, y la vi varias veces: no recuerdo cuántas, siete u ocho tal vez. Era maravilloso, en esas viejas películas, acechar el momento en que una escena, un diálogo, un ademán de los protagonistas se repetían en la pantalla. Y en este caso, la combinación de lectura y cine resultó decisiva. Las imágenes de la película —especialmente aquel duelo con Basil Rathbone, mi Sherlock Holmes favorito, interpretando al capitán Levasseur— se mezclaron con las páginas leídas hasta fundirse en un mismo recuerdo. Para un niño lector, aquello era tocar la gloria. Embriagarse de felicidad.

La historia me impactó sobre todo por algo concreto: la injusticia. Que en una Inglaterra supuestamente civilizada se pudiera condenar a un hombre inocente y venderlo como esclavo, me parecía una atrocidad. *Blood* no era un criminal, sino un médico castigado por hacer lo correcto.

Y eso lo cambiaba todo. A partir de ahí, su huida al Caribe, su independencia, la creación de su propia hermandad de piratas ya no eran simple aventura: eran una respuesta moral a un mundo injusto y perverso.

Fue, como digo, la primera historia de piratas que leí, si dejamos aparte a Peter Pan y su mortal enemigo Garfio. Pero los de Pedro Blood —siempre lo llamaré Pedro, como en las traducciones de la época— no eran piratas malos, sino románticos, rebeldes, leales. Incluso él bautizó su barco con el nombre de *Arabella*, la hija del gobernador, la muchacha amada. Eso también contaba, y no poco. Semejante detalle aparentemente menor, el nombre de la amada presente en aventuras y combates, pasó a formar parte del imaginario que el niño de entonces absorbía sin saberlo.

Por supuesto, jugué a piratas innumerables veces. Organizaba barcos con las sillas del jardín, saltando al abordaje de uno a otro, con mi hermano y mis amigos. Teníamos espadas de madera y metal —los reyes me trajeron la mítica espada de *El cisne negro*, del que película y libro vinieron a continuación— y durante mucho tiempo jugué a ser el capitán Blood. Fue mi primer pirata, el primero de verdad. Tan inolvidable como el primer amor.

Durante aquellos años regresé a este libro muchas veces. La primera lectura fue la más fascinante, pero las demás consolidaron el mito. Cuando más tarde vi otras películas de piratas, cuando aparecieron en mi vida otros héroes, el modelo siempre era el mismo, inalterable. El referente seguía siendo Blood, e incluso cuando se trataba de diferentes bucaneros y corsarios, en el fondo seguía estando él. Y de ese modo, entre combates y abordajes, cierta parte de los valores que más tarde admiraría se estaba formando: la

lealtad, el compañerismo, los camaradas, el combate final, el *Arabella* medio desarbolado que lucha hasta el final, pese a todo. Esas cosas nunca se desmienten. Jamás se olvidan.

Leí, como digo, *El capitán Blood* junto a mi padre, o gracias a él. Bajo su sombra. Nuestra guerra civil le impidió cumplir el sueño de llegar a ser marino mercante profesional, aunque navegó muchos años como inspector de crudos de una destacada compañía petrolera. Tal vez por eso, por vocación y trabajo, el mar fue muy importante para él. Leía todo cuanto era posible leer, y eso ocupaba un lugar destacado en su biblioteca. En ella me inicié y en ella seguí el rastro náutico que dejó para mí: después de Sabatini y Salgari vinieron Conrad, London, Marryat, Forester y la trilogía de la *Bounty*. Todos esos libros me marcaron profundamente, porque en ellos figuraba la tiranía del mando injusto y la rebelión contra el poder cruel, pero también el respeto absoluto por los buenos marineros, por los capitanes conocedores de su oficio. Hasta un malvado podía ser digno de admiración si era capaz de capear un temporal y llevar su bote con náufragos o después de un motín hasta un puerto. El mar se me planteó, ya para siempre, como escuela de vida, como prueba, como desafío. Y esa manera de mirar los océanos y el mundo sigue conmigo.

Quizá pudo haber sido otro libro, pero fue éste que el afortunado lector tiene ahora en sus manos. *El capitán Blood* formó parte de mi educación intelectual y moral. En él descubrí a tiempo qué era la injusticia, y también por qué, a veces, hacerse pirata bajo cualquiera de sus formas no es un delito, sino una forma de dignidad.

Cuando pienso en mi padre —con los años lo hago cada vez más a menudo—, inevitablemente pienso en el mar y

en los libros que antes de navegar por él, como hice más tarde, me enseñaron a interpretarlo. En casa aún tengo una maqueta del *Arabella*, y la rodean esos viejos libros gastados, leales compañeros de aventuras y de vida.

ARTURO PÉREZ-REVERTE

CAPÍTULO PRIMERO

EL MENSAJERO

Peter Blood, bachiller en Medicina y otras varias cosas además, fumaba su pipa y cuidaba sus geranios en el alféizar de su ventana sobre Water Lane, en la ciudad de Bridgewater.

Desde la ventana de enfrente estaban contemplándolo dos pares de ojos con expresión francamente adversa, pero el señor Blood no les hacía el menor caso, dividiendo su atención entre la tarea que le ocupaba y la corriente de humanidad que circulaba abajo, en la calle; corriente que, por segunda vez en aquel día, manaba en la dirección de Castle Field, donde a primera hora de la tarde, Ferguson, el capellán del buque, había predicado un sermón más repleto de traición que de teología.

Aquellos grupos disgregados, en los que se observaban muestras de excitación, estaban compuestos en su mayor parte por hombres que lucían ramillas verdes en los sombreros y blandían las armas más elementales. Ciertamente que algunos llevaban al hombro escopetas de caza y que otros empuñaban espadas, pero la mayoría iban armados con cachiporras, o llevaban picas enormes, que no eran otra cosa

que palos de guadaña y que resultaban tan formidables a la vista como toscas a la mano. Había entre aquellos guerreros improvisados tejedores, cerveceros, carpinteros, herreros, albañiles, zapateros y representantes de todas las restantes artes de la paz. Bridgewater, como Tauton, ponía tan generosamente su población masculina al servicio del duque bastardo, que todo el que, teniendo edad y fuerzas para manejar las armas, se abstenía de ofrecer sus brazos era tenido por cobarde o por papista.

Sin embargo, Peter Blood, que no sólo podía manejar las armas, sino que sabía hacerlo con notable habilidad (y que no era ciertamente un cobarde, aunque sí un papista, cuando le convenía), cuidaba sus geranios y fumaba su pipa en aquella calurosa tarde de julio con tanta indiferencia como si nada ocurriese. Y, además, hizo otra cosa: echó sobre aquellos belicosos entusiastas una línea de Horacio, poeta cuyas obras le habían inspirado en otro tiempo un profundo afecto.

*Quo, quo, scelestis, ruitis?*¹

Y ahora se sospechará, quizá, por qué la sangre cálida e intrépida heredada de los errantes antepasados de su madre, nacida en el condado de Somerset, permanecía inerte en medio del fanático frenesí de la rebelión; por qué el espíritu turbulento que le había hecho rechazar la tranquila existencia académica que su padre quiso imponerle, se mantenía quieto en medio de tal efervescencia. Era fácil comprender cómo miraba a aquellos hombres que se agrupaban en torno de los estantes de la libertad tejidos por las vírgenes de

1. ¿Adónde vais, desventurados?

Tauton, muchachas salidas de los pensionados de la señorita Blake y de la señora Musgrove, que, como cuenta la balada, habían rasgado sus refajos de seda para confeccionar las banderas del ejército del rey Monmouth. Aquel verso latino que desdeñosamente les había dirigido, mientras hacían sonar sus pisadas sobre los guijarros de la calle, revelaba el estado de su mente. Para él, todos aquellos hombres eran otros tantos locos que se precipitaban con perverso frenesí en su propia ruina.

Ya se ve. Peter Blood sabía demasiadas cosas de ese Monmouth, y de la sucia morenita que le había llevado en sus entrañas, para dejarse engañar por la leyenda de su legitimidad, sobre la que se había levantado aquel estandarte de rebelión. Había leído la absurda proclamación pegada en la Cruz de Bridgewater, como se había pegado en Tauton y en todas partes, en la que se hacía constar que, «por la muerte de nuestro soberano Carlos II, el derecho de sucesión a la corona de Inglaterra, Escocia, Francia e Irlanda, con los dominios y territorios pertenecientes a estos países, queda legalmente transmitido al ilustrísimo y alto príncipe Jacobo, duque de Monmouth, hijo y heredero forzoso del nombrado rey Carlos II».

Esta proclamación le provocó grandes carcajadas, lo mismo que el anuncio posterior, según el cual: «Jacobo, duque de York, había hecho envenenar al citado rey y usurpado la corona inmediatamente».

No sabía cuál de aquellas mentiras era mayor. Porque el señor Blood había pasado una tercera parte de su vida en los Países Bajos, donde aquel mismo Jacobo Scott, que ahora se proclamaba a sí mismo rey por la Gracia de Dios, etcétera, había visto la luz por primera vez hacía unos treinta y

seis años, y conocía la versión que allí circulaba acerca de la verdadera paternidad. Lejos de ser hijo legítimo (en virtud de un supuesto matrimonio secreto entre Carlos Estuardo y Lucía Walter) era posible que este Monmouth, que ahora se proclamaba rey de Inglaterra, no fuese ni siquiera un hijo legítimo del último soberano. ¿Cómo podía acabar aquella grotesca pretensión si no en ruina y en desastre? ¿Cómo podía esperarse que Inglaterra se tragase nunca a un aventurero de aquel género? Y he aquí que para apoyarlo a él y a su fantástica tentativa corrían todos aquellos tontos levantados en armas por unos cuantos agitadores.

Quo, quo, scelesti, ruitis?

Y lanzó una risa mezclada con un suspiro, aunque era la primera la que dominaba, porque el señor Blood, como les sucede a la mayor parte de los hombres que se bastan a sí mismos, no brillaba por su benevolencia. Un mozo de sentimientos más tiernos, con su ciencia y claro entendimiento, hubiera podido llorar al contemplar aquel rebaño de ardientes y sencillos inconformistas que se dirigían al matadero escoltados hasta el punto de reunión, en Castle Field, por esposas, hijas, novias y madres, y sostenidos por la ilusión de que iban a salir al campo en defensa del Derecho, de la Libertad y de la Religión. Porque él sabía, como lo sabía todo Bridgewater desde hacía algunas horas, que Monmouth tenía el propósito de entablar batalla aquella misma noche. El duque iba a atacar por sorpresa el ejército realista mandado por Fervesham y acampado en aquel momento en Sedgemoor. Al señor Blood le parecía muy probable que lord Feversham estuviese igualmente informado de la sorpresa que se le preparaba, y aunque esta suposición era

errónea, estaba, por lo menos, justificada, pues no era cosa de creer al jefe realista tan torpe en su oficio que ignorase una circunstancia tan interesante.

El señor Blood sacudió la ceniza de su pipa y se echó hacia atrás para cerrar la ventana. Al hacerlo, su mirada cruzó la calle y tropezó con la de unos ojos hostiles que lo observaban. Pertenecían a las señoritas Pitt, dos solteras amables y sentimentales que adoraban al hermoso Monmouth más que cualquier otro habitante de Bridgewater.

El señor Blood sonrió e inclinó la cabeza, pues mantenía con aquellas damas amistosas relaciones y, además, había prestado a una de ellas sus servicios facultativos. Pero su saludo no fue correspondido más que con una mirada de frío desdén, en vista de lo cual se ensanchó un poco la sonrisa de sus labios, perdiendo algo de su carácter placentero. El señor Blood comprendía la razón de aquella hostilidad que había crecido día a día durante la semana anterior, desde que Monmouth había venido a volver locas a las mujeres de todas las edades. Comprendía que las señoritas Pitt despreciasen a un hombre que, por sus conocimientos y dotes militares, tan útil podía ser a la causa del protestante, permanecía tranquilo entre su pipa y sus geranios mientras todos los jóvenes y viejos de espíritu se reunían en torno de aquél y ofrecían su sangre para colocarlo en el trono que le correspondía.

Si el señor Blood hubiera condescendido a discutir el asunto con aquellas damas, podría explicarles que, hallándose ya saturado de viajes y aventuras, se había consagrado a su primitiva carrera, que era el verdadero objeto de sus estudios; que era un hombre de medicina, no de guerra, y que su misión era curar, no matar. Aunque sabía muy bien que ellas

le hubieran contestado que, cuando llegaba un caso como aquél, ningún hombre que se estimase podía dispensarse de tomar las armas. Y hubiera puesto como ejemplo a su propio sobrino Jeremy, de oficio marino, y amo de un barco (que, por desgracia para el joven, había acertado a anclar en la bahía de Bridgewater), quien no había vacilado en dejar el timón para coger un mosquete en defensa del Derecho. Pero el señor Blood no era de los que discuten; era, como ya se ha indicado, un hombre que se bastaba a sí mismo.

Cerró la ventana, corrió las cortinas y se volvió hacia el agradable interior iluminado por bujías, donde su ama de llaves, la señora Barlow, estaba poniendo la mesa. Y a ella comunicó en voz alta su pensamiento.

—Vamos, he caído en desgracia de las avinagradas doncellas de enfrente.

Tenía una voz agradable y vibrante cuyo timbre metálico quedaba suavizado por el acento irlandés que no había perdido en todas sus correrías. Era una voz que podía cortejar seductora y acariciadoramente y que podía mandar en forma tal que hiciese la obediencia inexcusable. Verdaderamente, toda la naturaleza de aquel hombre estaba en su voz. En cuanto a sus restantes características personales, era alto y enjuto, moreno como un gitano, con ojos de un azul sorprendente en aquel rostro oscuro y bajo las cejas rectas y negras. Aquellos ojos, separados por una nariz saliente e intrépida, tenían una mirada singularmente penetrante y una expresión altanera que armonizaba bien con la firmeza de sus labios. Aunque vestido de negro, como convenía a su profesión, era visible en él la elegancia derivada del amor a la indumentaria, más propia del aventurero que había sido, que del grave médico que era ahora. Su casaca era de fino

camelote con encajes de plata, sus mangas tenían vueltas de Mechlin y su pecho estaba cubierto por una corbata del mismo género. Su gran peluca negra era tan sedosa y estaba bien cuidada como la mejor de Whitehall.

Viéndolo así y distinguiendo su verdadera naturaleza, que aparecía clara en su aspecto exterior, podía sentirse el deseo de preguntar cómo un hombre de tal temple sabría conformarse con permanecer quieto en aquel rincón del mundo adonde el azar le había llevado hacía unos seis meses; y por cuánto tiempo continuaría allí ejerciendo la profesión a la que se le había destinado antes de empezar a vivir. Por muy difícil que pudiera parecer a quien conociese su historia, es posible que, a no ser por la jugarreta que el destino le deparaba, hubiera continuado por el resto de sus días aquella pacífica existencia de doctor provinciano en aquel refugio de Somerset. Posible, pero no probable.

Era hijo de un médico irlandés y de una dama de Somerset por cuyas venas corría la sangre nómada de los Frobi-shers, lo que podría explicar la traviesa rudeza que no tardó en manifestarse en su carácter. Aquel rasgo había alarmado a su padre, que, para ser irlandés, tenía una naturaleza singularmente reposada y amiga de la paz. Desde el principio, el doctor había decidido que su hijo adoptase la misma honorable profesión, y Peter Blood, dotado de rápida inteligencia y de un insaciable deseo de saber, había dado a su padre la satisfacción de recibir, a la edad de veinte años, el grado de bachiller en Medicina en el Colegio de la Trinidad, de Dublín. El padre sólo sobrevivió tres meses a aquella satisfacción. A su madre la había perdido algunos años antes. De este modo entró Peter Blood en posesión de una herencia de unos cuantos centenares de libras, con las que se había

puesto en camino para ver mundo y dar rienda suelta por una temporada al inquieto espíritu de que estaba imbuido. Una serie de curiosos azares lo llevaron a ponerse al servicio de Holanda y, luego, a la guerra con Francia, y su gran afición al mar le hizo alistarse en la marina. De este modo fue oficial a las órdenes del célebre Ruyter y tomó parte, en el Mediterráneo, en la batalla en que perdió la vida el gran almirante holandés.

Después de la Paz de Nimega, su vida fue más oscura. Pero se sabe que pasó dos años en una cárcel española, ignorándose, en cambio, cómo se las arregló para ser encerrado en ella. Quizá fue por esto que, al recobrar la libertad, ofreció su espada a Francia, que, a la sazón, estaba en guerra con España en los Países Bajos. Por último, habiendo alcanzado la edad de treinta y dos años, sintiendo satisfecho su apetito de aventuras y con la salud algo delicada a consecuencia de una antigua herida, se sintió asaltado de repente por la nostalgia de la patria. Se embarcó en Nantes para dirigirse a Irlanda, pero un temporal arrastró al buque a la bahía de Bridgewater y, como el viaje le había puesto enfermo, el señor Blood decidió desembarcar allí, movido, además, por la idea de que aquél era el país natal de su madre.

Y así fue como en enero de aquel mismo año 1685 había llegado a Bridgewater dueño de una fortuna aproximadamente igual a la que poseía al salir de Dublín once años antes.

Le gustó aquel lugar, donde recuperó la salud rápidamente y, pensando que con las pasadas ya tenía suficientes aventuras para toda la vida, decidió establecerse allí y ponerse por fin a ejercer la profesión de médico, que con tan poco provecho había abandonado.

Ésta es toda su historia o, por lo menos, la parte de su historia que, hasta el momento de librarse la batalla de Sedgemoor, seis meses después, valía la pena conocer.

Considerando que nada tenía él que ver con los sucesos que iban a desarrollarse, lo que era cierto, y sintiéndose enteramente indiferente a las actividades que revolvían la ciudad de Bridgewater, aquella noche el señor Blood cerró los oídos a los ruidos que le llegaban del exterior y se acostó temprano. Dormía ya tranquilamente mucho antes de las once, hora en que, dando un rodeo para evitar los terrenos pantanosos que lo separaban del ejército real, Monmouth salió con sus huestes rebeldes al camino de Bristol. Sabido es que su superioridad numérica —quizá compensada por la mejor calidad de las tropas reales— y las ventajas que esperaba obtener del hecho de caer por sorpresa sobre un ejército más o menos entregado al sueño, no le sirvieron de nada a causa de la incompetencia del mando de su heterogéneo e improvisado ejército.

El encuentro tuvo lugar hacia las dos de la madrugada. El eco lejano de los cañones no llegó a turbar el descanso del señor Blood, que continuó durmiendo con igual felicidad hasta las cuatro, hora en que el sol empezó a disipar la niebla que cubría el revuelto campo de batalla. El señor Blood se sentó en su lecho, se frotó los ojos para alejar la pereza que le quedaba y trató de retomar las ideas del día anterior. En toda la casa resonaban los golpes que alguien estaba descargando sobre la puerta, mezclados con las llamadas incoherentes de una voz extraña. Éste era el ruido que lo había despertado. Creyendo que se trataba de algún caso urgente de obstetricia, se puso a toda prisa la bata y las zapatillas y bajó a abrir. En el vestíbulo estuvo a punto de

tropezar con la señora Barlow, recién levantada, con aspecto imposible y en estado de pánico. El señor Blood calmó sus castañeteos de dientes con una frase tranquilizadora y fue a abrir él mismo.

A la luz de los rayos oblicuos y dorados del sol naciente, veíase a un hombre jadeante, de mirada enloquecida y montado en un caballo que humeaba. Era joven y hallábase cubierto de polvo y de barro; su traje estaba descompuesto, su manga izquierda pendía hecha jirones. Abrió la boca para hablar, pero, por un momento, no pudo articular palabra alguna.

En aquel instante el señor Blood reconoció en él al joven marino Jeremy Pitt, el sobrino de las señoritas de enfrente, que, arrastrado por el entusiasmo general, se había metido en el corazón de la rebelión. La calle empezaba a despertarse también al ruido de la llegada del marino; abríanse las puertas y aparecían en las ventanas numerosos rostros llenos de ansiedad.

—Respirad, respirad —dijo el señor Blood—. Nunca se ha llegado más temprano a ninguna parte por apresurarse.

Pero el loco muchacho no hizo caso del consejo y se puso a hablar con mil dificultades para encontrar el necesario aliento.

—Es lord Gildoy... Está gravemente herido... en la granja de Oglethorpe. Yo lo he llevado hasta allí... y... y me ha dicho que venga a buscaros. ¡Vamos allá! ¡Vamos allá!

E hizo ademán de coger al doctor para llevárselo en bata y zapatillas, tal como estaba. Pero el doctor se tomó el caso con más calma.

—Iré; iré, naturalmente —contestó disgustado, porque Gildoy había sido para él un buen amigo y un protector gene-

roso desde que se estableció allí; y aunque el señor Blood sentía gran deseo de aprovechar aquella ocasión de mostrar su gratitud, le repugnaba no poco tener que hacerlo en tales momentos y de aquella manera, sabiendo perfectamente que el joven noble había sido un activo agente del duque—. Iré, naturalmente que iré. Pero primero permitidme que me vista un poco más y que tome varias cosas que puedo necesitar.

—No hay tiempo que perder.

—Tranquilizaos; no pienso perderlo. Y vuelvo a deciros que iréis más deprisa precipitándoos menos. Entrad..., tomad asiento —dijo, abriendo la puerta de una sala.

El joven Pitt declinó la invitación.

—Esperaré aquí. ¡Apresuraos, por amor de Dios!

El señor Blood se dirigió al interior para vestirse y recoger un estuche de instrumentos de cirugía.

Las preguntas sobre la exacta naturaleza de la herida de lord Gildoy podían esperar hasta que ambos estuviesen en camino. Mientras se ponía las botas dio a la señora Barlow sus instrucciones para el día. En ellas figuraba una comida que estaba destinado a no catar.

Cuando salió, acompañado por la señorita Barlow, que cacareaba como una gallina enfadada, encontró al joven Pitt en el centro de un corro de ciudadanos alarmados y vestidos a medias —mujeres en su mayoría— que se habían precipitado a preguntarle noticias de la batalla. Y cuáles eran estas noticias podía adivinarse con sólo oír las lamentaciones con que turbaban el aire de la mañana.

A la vista del doctor, completamente vestido y con el estuche de los instrumentos bajo el brazo, el mensajero se deshizo de los que lo acosaban, se sacudió a sus dos tías

deshechas en lágrimas, que lo tenían fuertemente cogido, y montó a caballo de un salto.

—Vamos, caballero —gritó—, montad detrás de mí.

Sin más palabras, el señor Blood hizo lo que se le indicaba y Pitt tocó el caballo con la espuela. La gente abrió paso, y así, sobre la grupa del caballo doblemente cargado, y agarrándose a la cintura de su compañero, Peter Blood comenzó su odisea. Porque este Pitt, a quien consideraba como un simple mensajero de un caballero rebelde, era, en realidad, un mensajero del destino.

CAPÍTULO II

LOS DRAGONES DEL CORONEL KIRKE

La granja de Oglethorpe se hallaba a cosa de una milla, al sur de Bridgewater, sobre la orilla derecha del río. Era un ejemplo perdido del estilo Tudor, que alzaba su masa gris vestida de hiedras en su parte inferior. Al acercarse a aquel edificio a través de los fragantes jardines entre los que parecía adormecido en una Arcadia de paz junto a las aguas del Parret, que brillaban al sol de la mañana, el señor Blood podía apenas creer que perteneciese a un mundo atormentado por las luchas y regado por la sangre.

Al salir de Bridgewater habían encontrado sobre el puente a una vanguardia de fugitivos procedentes del campo de batalla, fatigados, quebrantados, heridos muchos de ellos y todos descompuestos por el terror que, tambaleándose, se dirigían con una prisa lenta, aprovechando las últimas fuerzas que les quedaban, a la ciudad, con la vana ilusión de encontrar allí abrigo. Con ojos vidriosos de cansancio y de temor, que salían lastimosamente de sus rostros desencajados, miraban al señor Blood y a su acompañante y les dirigían gritos enronquecidos advirtiéndoles que no

muy lejos de ellos quedaba una persecución sin entrañas. No obstante, el joven Pitt continuó impávido su camino, cruzándose con nuevos grupos de fugitivos, cada vez más densos. Luego torció a un lado internándose por un sendero que atravesaba los prados húmedos de rocío. Aun allí se encontraban fugitivos que se diseminaban en todas direcciones mirando hacia atrás llenos de pavor y esperando a cada momento volver a ver los rojos uniformes de los dragones.

Pero como la dirección que seguía Pitt lo llevaba hacia el sur, acercándolo cada vez más al cuartel general de Ferversham, empezó a escasear la escoria humana de la batalla en aquellos huertos pacíficos, cubiertos por la sombra de los árboles cargados de fruta que pronto sería recolectada para hacer sidra.

Por último se apearon sobre las piedras redondeadas del patio, y Baynes, el jefe de la casa solariega, de aspecto grave y aturrida expresión, les dio la bienvenida. En una sala espaciosa, de suelo enlosado, halló el doctor a lord Gildoy, joven caballero muy alto y moreno, de nariz y barbilla salientes, postrado en un canapé de caña, bajo una gran ventana en forma de ajimez y confiado a los cuidados de la señora Byanes y de su atractiva hija. Sus mejillas mostraban un matiz plomizo, sus ojos estaban cerrados y de sus labios azules se escapaban débiles gemidos.

El señor Blood lo miró un momento en silencio, deplorando que un joven como lord Gildoy, que tan brillantes cosas podía esperar de la vida, lo hubiese arriesgado todo, la vida inclusive, para apoyar la ambición de un aventurero indigno. Y porque honraba y miraba con simpatía a aquel valiente muchacho, llegó a rendirle el tributo de un suspiro. Luego, se arrodilló para prestarle su asistencia, rasgó su ju-

bón y su camisa hasta poner al descubierto el costado destrozado del herido, y pidió agua, lienzo y otras cosas que necesitaba para llevar a cabo su tarea.

Hallábase media hora más tarde con la atención puesta aún en su trabajo, cuando fue invadida la casa por los dragones. El ruido de las herraduras de los caballos y los roncocos gritos que anunciaban su proximidad no lo turbaron en lo más mínimo; en primer lugar, porque no era hombre que se turbase fácilmente, y, además, porque su trabajo lo absorbía. Pero el herido, que ahora había recobrado el conocimiento, dio muestras de alarma considerable, y Jeremy Pitt, que llevaba en su cuerpo las señales de la batalla, corrió a esconderse en un armario ropero. El señor Baynes estaba inquieto, y su esposa, lo mismo que su hija, estaba temblando. El señor Blood los tranquilizó.

—¡Cómo! ¿Qué hay que temer? —dijo—. Estamos en un país cristiano y los cristianos no atacan a los heridos ni a quienes los protegen. —Como se ve, el señor Blood se hacía aún ilusiones sobre muchos que se dan el nombre de cristianos. Levantando un vaso con el cordial hecho bajo sus indicaciones, añadió—: Tranquilizaos, milord; lo más doloroso ya ha pasado.

Con gran ruido de armas penetraron en aquel momento en el enlosado vestíbulo una docena de soldados del Regimiento de Tánger, con sus botas altas y sus rojos uniformes, guiados por un mozo robusto con el pecho cargado de encajes de oro.

Baynes se mantuvo allí en actitud casi retadora, mientras su esposa y su hija retrocedían amedrentadas. El señor Blood, desde la cabecera del herido, miró un momento por encima del hombro para contar el número de los invasores.

El oficial rugió una orden que detuvo en seco a sus hombres y luego se adelantó, con su mano enguantada sobre el pomo de la espada y haciendo sonar las espuelas musicalmente, para dar a conocer su autoridad al amo de la casa.

—Soy el capitán Hobart, de los dragones del coronel Kirke. ¿Qué rebeldes ocultáis en vuestra casa?

El señor Baynes se alarmó ante aquella actitud feroz, y contestó con voz temblorosa:

—Yo... yo no oculto a ningún rebelde, caballero. Este herido...

—Me basto yo para verlo.

El capitán llegó hasta el lecho pisando fuerte y miró con el entrecejo fruncido el rostro gris del paciente.

—No necesito preguntar a qué se debe su estado ni cuáles son sus heridas. Es un condenado rebelde y con esto me basta —y añadió, dirigiéndose a sus dragones—: ¡Fuera con él, muchachos!

El señor Blood se interpuso entonces:

—¡En nombre de la humanidad, señor mío! —dijo, descubriendo algo de ira en su voz—. Estamos en Inglaterra, no en Tánger. La herida de este caballero es gravísima y no es posible sacarle de aquí sin poner su vida en peligro.

El capitán Hobar parecía divertido.

—¡Oh, voy a enternecerme por la vida de estos rebeldes! ¡Voto al diablo! ¿Creéis acaso que nos lo vamos a llevar para curarle? Ya están puestas las horcas en el camino, entre Weston y Bridgewater, y para colgar de ellas éste servirá tanto como otro cualquiera. El coronel Kirke quiere enseñarles a estos idiotas no conformistas una cosa que no van a olvidar en unas cuantas generaciones.

—¿Estáis colgando hombres sin previo juicio? Vamos, entonces me había equivocado. Veo que estamos realmente en Tánger, a donde pertenece vuestro regimiento.

El capitán le dirigió una mirada centelleante. Luego le examinó desde las suelas de las botas hasta la coronilla de la peluca. Advirtió su figura vigorosa, la posición arrogante de su cabeza, aquella actitud autoritaria propia del señor Blood, y el soldado reconoció al soldado. Los ojos del capitán se fruncieron un poco y el reconocimiento avanzó un paso más.

—¡Quién demonios podéis ser! —exclamó al fin con explosión.

—Me llamo Blood, caballero... Peter Blood, para servirlos.

—¡Sí..., sí! ¡Voto a bríos! ¡Ése es el nombre! Vos estuvisteis en otro tiempo al servicio de Francia, ¿verdad?

Si el señor Blood se sorprendió, por lo menos, no lo demostró.

—Es verdad.

—Entonces os recuerdo. Hace cinco años o poco más estabais en Tánger.

—Efectivamente. Y allí conocí a vuestro coronel.

—Pues a fe mía que vais a renovar su trato —dijo el capitán con una desagradable risa—. ¿Qué habéis venido a hacer aquí, señor mío?

—He venido a curar a este caballero herido. Soy médico.

—¿Un doctor... vos? —y se echó a reír ante lo que consideraba una mentira.

—*Medicinae baccalaureus* —dijo el señor Blood.

—¡A mí no me habléis en francés! —gritó Hobart—. ¡Habladme en inglés!